

Revisando las fronteras de la formación analítica

Sergio Lewkowicz

Me gustaría empezar agradeciendo a los organizadores la oportunidad de participar en esta mesa con amigos queridos y de toda la vida.

Creo que las fronteras de la formación analítica estuvieran abiertas a la transmisión del psicoanálisis en lo que se ha convenido llamar el centro de la vida occidental, en la corriente principal, el *mainstream*, pero que han estado bastante cerradas a los márgenes, a la periferia, tanto en cuanto a su estudio en los Institutos, como en la inclusión de diversos candidatos a la formación.

¿"Cómo podemos afrontar situaciones en las que parece no haber espacio para la terapia individual? Cuando el racismo, la transfobia y la gordofobia siguen operando dolores a menudo irreparables. Cincuenta minutos es poco tiempo comparado con trayectorias de vida entendiéndose que está equivocado, que no es deseado, que está desviado. Una vida creada para no ser vivida" (Sofia Favero, 2020).

Creo que Favero nos alerta de la necesidad de incluir en nuestra formación el estudio de las desigualdades en las que estamos inmersos, y destacaría el racismo, especialmente el racismo estructural con su funcionamiento inconsciente presente en todos nosotros, el trabajo en la comunidad y la diversidad sexual.

En esta presentación, abordaré especialmente los límites con la diversidad sexual.

I. Despatologizar

La principal crítica que los antropólogos, sociólogos y otros pensadores hacen al psicoanálisis fue que las teorías psicoanalíticas se han mantenido normativas, particularmente heteronormativas en relación con la sexualidad. A partir de la década de 1960, con el movimiento feminista y la liberación sexual en la cultura occidental, hubo una apertura en relación a la sexualidad; autores como Deleuze y Foucault empezaron a cuestionar la idea de una identidad sexual estable y universalizante. Esta crítica se ha ido

expandingo desde la década de 1980 con los estudios *queer*, pero sólo se ha incorporado más recientemente a nuestras teorías.

Mi impresión es que el psicoanálisis no ha acompañado este cambio en la forma de entender la sexualidad. Siguiendo su tendencia normativa, terminó cerrando las fronteras de la diversidad sexual tanto en la teoría como en la práctica analítica con sus pacientes. Asimismo, en la formación analítica, cerrando las puertas de las instituciones psicoanalíticas para personas con diversidad sexual y de género.

Creo que es necesario abrirnos en nuestros institutos para el estudio del psicoanálisis en las fronteras, en la periferia, en los márgenes en todos los sentidos. Particularmente el aprendizaje que se puede obtener a través de actividades psicoanalíticas extramuros, en la comunidad, como hospitales, escuelas y poblaciones vulnerables, entre otros.

Tanto los analistas como las instituciones psicoanalíticas persisten en una ambivalencia en relación a normalizar la sexualidad frente a una visión más singular y específica de cada persona. Todavía no parece haber analistas transgénero en nuestras instituciones en Brasil y sólo recientemente se han aceptado candidatos declarados abiertamente homosexuales para la formación analítica, pero aún hay cierta ambivalencia sobre ellos.

Tenemos que intentar repensar nuestras teorías a partir de la escucha de personas que viven y expresan su sexualidad e identidad de género al margen de los modelos de binariedad y heterosexualidad. Personas de que solo ahora estamos consiguiendo reconocer la existencia y que solo ahora pueden buscar nuestros consultorios.

Para ello utilizaré el libro *Pajubá-terapia*, de la psicóloga travesti Sofia Favero. Según ella: “renunciar a la narrativa psicopatológica no es un proceso fácil, puntual y específico”. Al contrario, es un movimiento constante para evitar teorías normativas, hegemónicas, que marginan las diversas experiencias sexuales y de género.

Pajubá es, originalmente, un dialecto que mezclaba el portugués con una serie de lenguas africanas, muy utilizado por los practicantes de las religiones afrobrasileñas; posteriormente fue adoptado por la comunidad LGBT +. Esta idea de la terapia *pajubá* se basaría en la escucha de la singularidad no estandarizada de esta población. Sería una escucha de todo el dolor y la

miseria de estas personas, pero también de sus sensibilidades y cualidades. Como dice Favero: “Hay una dimensión del amor, del afecto, del deseo y de la vida que no se puede perder de vista, más aún en un proceso terapéutico” (Favero, 2020).

II. Escuchando la singularidad

“A medida que aprendí a silenciar mis prejuicios, descubrí que podía reconocer la evidencia que estaba presente, en lugar de lamentarme por la que estaba ausente. Cuando mis oídos se acostumbraron al silencio, los pequeños sonidos se hicieron más fáciles de oír.”

(Bion, 1977, p. 35)

Wilfred Bion, en su texto sobre la Grude (1977), describe cómo se quedaba aguardando las palabras de un paciente tartamudo, angustiándose con su dificultad para articularlas, hasta el momento en que resolvió fijarse en el tartamudear mismo del paciente, percibiendo que el paciente estaba comunicándose con él, pero de otra manera.

Pienso que ese tipo de escucha propuesto por Bion y retomado por Ogden y Ferro, entre otros autores contemporáneos, permite que se busque el discurso que está más allá de las palabras, lo que favorecerá la interacción emocional con el paciente, una mayor aprehensión de la realidad psíquica y el crecimiento emocional de la pareja analista/paciente.

Pienso que lo primero a enfrentar en nosotros, los analistas, es nuestra actitud hacia el contacto emocional con las nuevas presentaciones de la orientación sexual y de género, es decir, nuestra contratransferencia, tema pionero y profundamente estudiado por Racker en Argentina y muy desarrollado en todo el mundo en los últimos 70 años.

Pienso también que nuestra gran cuestión actual es cuánto somos capaces de “tolerar”, de “sostener” un campo analítico con pacientes tan fluidos, mutables, cambiantes e indefinidos.

Como destacado por Favero (2020), esta psicología limítrofe, en las fronteras, busca ofrecer un “estar juntos de manera genuina, porque no hay como llamar saludable a una vida creada para ser más pequeña que las demás”. Y agrega que no es un problema familiar, no es un problema escolar y no es un problema cultural, pero de hecho la suma de todas estas cosas: “es necesario crear brechas en la vida de las personas trans” (p. 88).

Creo que podemos hacer un esfuerzo consciente para evitar nuestros prejuicios con estos pacientes, pero sutilmente, inconscientemente nuestra contratransferencia puede dejarnos con un sesgo, un *bias* con relación a esas nuevas configuraciones.

Creo que actualmente podemos pensar que nuestro cuerpo teórico contemporáneo se encuentra en una tensión entre las dos perspectivas: la binaria y la no binaria; entre una visión heteronormativa y una visión más integradora y compleja de las identidades de género; entre una visión más patologizante y otra más abierta a la escucha de las diferentes presentaciones; entre una expectativa de estructuras “estables” y una apertura para funcionamientos psíquicos más “inestables”.

I. Interdisciplinaridad

Creo que nuestras teorías psicoanalíticas con relación a las identidades de género y orientaciones sexuales están siempre en construcción, porque siempre son incompletas y dinámicas. Necesitamos una interlocución con otras disciplinas que también se vuelcan sobre este tema, como la antropología, la sociología, la filosofía y la biología entre otras, para poder seguir con esta construcción y enriquecernos mutuamente. Además, el hecho que me parece fundamental para poder desarrollar nuestras teorías es que podamos cambiar nuestra actitud de resistencia frente a las diferentes presentaciones tanto en nuestros consultorios, como en nuestros institutos. Más allá de aceptar a personas diversas en nuestras instituciones, de poder incluir estos temas en el currículo de la formación y prepararnos más adecuadamente para recibir estos pacientes.

Un aspecto fundamental en este sentido sería que pudiéramos usar en nuestros institutos bibliografía latinoamericana de estas otras disciplinas

relacionadas con el psicoanálisis y, especialmente, los textos literarios y científicos producidos por la comunidad de la diversidad sexual.

Me gustaría concluir recalcando que es necesario prepararnos para ultrapasar la resistencia, encarnada en nuestra generación, que estas personas nos despiertan para poder efectivamente nos acercar al ser humano específico y único que ha buscado nuestra ayuda.

Nos creíamos con una identidad de género anclada en estructuras psíquicas estables y permanentes a lo largo de la vida. ¿Seremos capaces de este encuentro emocional con inestabilidades tan marcadas?

Solo podemos comprometernos con una práctica analítica dentro de la ética de nuestros límites.